
Letras

Juan Ramón Jiménez, creador de un universo poético

ANA MARÍA BARRENECHEA

NACIDA EN Bs. AIRES. Egresó del Instituto Nacional del Profesorado Secundario de Buenos Aires con el título de profesora de castellano y literatura. Becaria en el Bryn Mawr College de los EE. UU., que le otorgó el doctorado de filosofía en la especialidad literatura española. Becaria, como investigadora, en el Colegio de México, su labor fue premiada con la edición de *LA EXPRESIÓN DE LA IRREALIDAD EN LA OBRA DE JORGE LUIS BORGES* (1957). Este mismo año la Universidad de México publicó su libro *LA LITERATURA FANTÁSTICA EN LA ARGENTINA*. Hizo estudios de filología con Amado Alonso, Américo Castro y Pedro Henríquez Ureña. Colabora en "Revista de Filología Hispánica", "Romance Philology", "Revista Hispánica Moderna", "Hispanic Review", etc. Profesora de introducción a la literatura en la Facultad de Filosofía y Letras de Bs. As. Contratada por la Facultad de Humanidades de La Plata para dictar gramática.

S IEMPRE nos ha atraído Juan Ramón Jiménez por lo que hubo en él de ejemplar como ser humano: su fidelidad sin desfallecimiento a un destino. Admira su rigor en medio de un mundo de hombres sin autenticidad y de gentes que traicionan a los demás porque comienzan por traicionarse ellos mismos. Había elegido el destino de poeta, el destino de creador de un universo por el verbo, y nunca lo negó. No hay en toda su obra una línea que haya sido escrita para conseguir la gloria fácil, el halago del público o el efecto de oropel. Su vida constituye el ejemplo más extremado de una conciencia escrupulosa y siempre alerta para ser fiel al mensaje que quiere transmitirnos. Fue esencialmente una voluntad disparada al logro de la belleza sin desmayos, belleza por él creada y recreada, gaje de eternidad, triunfadora de la muerte, encuentro con su Dios.

El poeta, como todo ser humano, vive angustiado por su sujeción a un constante fluir que lo conduce a la muerte, de ahí su anhelo

de eludir la condición mortal y de eternizarse. Desde las primeras poesías aparecen aguas fugitivas, horas que corren presurosas, luces de ocaso que empurpuran el cielo, soles de atardecer que chorrean su oro. Así dice en "La elejía" (199) ¹:

*Fría, la fuente corre por la pradera verde,
que breves lirios de oro esmaltan de poesía.
La tarde cae. Todo lo bello que se pierde,
eterniza su fuga, ardiendo de armonía.*

Río que fluye, sensación de que así se nos va de las manos la vida, y lo que más vale de ella, el goce de su perfección. El poeta intenta fijar ese devenir sin hacerle perder su movilidad misma, por eso "eterniza su fuga" en un milagro del arte que da a lo cambiante y transitorio la posibilidad de no dejar de ser cambiante y transitorio, es decir vital, y al mismo tiempo logra su persistencia por la palabra.

Hay un brevísimo poema de PIEDRA Y CIELO con el mismo tema del arroyo que pasa y que es característico de la época en que Juan Ramón condensaba en pocos versos la esencia poética.

*¿Era su voz la fuga del arroyo,
que se oía correr en el poniente rápido;
o la luz del ocaso moribundo,
que corría en el agua que se iba? (508)*

Volvemos al tema de la fugacidad, expresado ahora sin alusión a su intento de eternizarla, aunque el intento se halle implícito, claro está, en toda creación artística. Y lo alcanza con una forma imaginativa que se repite a menudo en su obra: la fusión de elementos opuestos del universo, que al trasvasarse uno en el otro reconstruyen la totalidad. El panteísmo impregna su visión estética del cosmos: el río, la voz del río, pasa a la luz moribunda del ocaso: la luz irrecuperable del ocaso se desliza rauda en el fluir del agua, y cielo y tierra recomponen la unidad central del universo en la conciencia de lo transitorio.

Otras veces Juan Ramón Jiménez se concentra en un solo instante que a fuerza de intensidad en el goce persistirá fijado para siempre:

¹ Las citas están tomadas de la SEGUNDA ANTOLOGÍA POÉTICA (1898-1918), Madrid, 1933, luego reeditada por la Editorial Losada en Buenos Aires, y llevan entre paréntesis el número correspondiente a la poesía.

LETRAS

*Cada minuto de este oro,
¿no es toda la eternidad?*

*El aire puro lo mece
sin prisa, como si ya
fuera todo el oro que
tuviera que acompañar.*

*—¡Ramas últimas, divinas,
inmateriales, en paz;
ondas del mar infinito
de una tarde sin pasar!—*

*Cada minuto de este oro,
¿no es un latido inmortal
de mi corazón, radiante
por toda la eternidad? (299)*

El goce de la belleza suprema consigue detener el tiempo (“latido inmortal”, “una tarde sin pasar”). ¿Totalmente? “Ramas últimas” nos dice con palabra temporal carcomida de muerte. Estamos al borde del abismo, pero la belleza “inmaterial y divina” nos salva en este instante, más precioso aún por su amenaza de desaparición, valioso mil veces por su triunfo de la muerte: “radiante por toda la eternidad”.

Fugacidad eternizada, instante eterno. Ahora veremos otra cara del mismo tema: eternidad en la mudanza. Ya la cantó en *DIARIO DE UN POETA RECIÉN CASADO*, de vuelta de los Estados Unidos a Moguer, cuando comparaba a su madre con el mar “conocida y eterna en su mudanza” (404). En *ETERNIDADES*, libro capital en la producción de Juan Ramón Jiménez, le dice a la mujer amada:

*Te siento aquí en el alma honda y clara,
cual la luz que una rosa
copiara sólo de ella
en una agua corriente...*

*Ni te lleva a las otras ellas de ella,
ni, al irte tú a otras tú, te borras.*

*Estás, eterna, en su inmanencia,
igual, en lo sin fin de su mudanza,
en lo sin fin de su mudanza
-- cual el sol que una rosa
copiara sólo de ella en la corriente. (437)*

La rosa, símbolo de perfección suprema, es aquí símbolo de la unidad del amor en la diversidad cambiante del alma con el transcurrir de los días, que el agua donde se espeja representa. Ella es una

y múltiple en sus reflejos, como el universo, ella es la eternidad conseguida en la totalidad: eternidad de la belleza y del amor que encierra, como la eternidad de Dios, todo el tiempo humano en su infinita variación. Y el ademán inclusivo y abarcador aparece aquí sugerido por trazos muy sutiles, propios de la poesía de Juan Ramón: porque la rosa no copia su propia imagen en el agua, sino una luz y un sol que la ligan con la perfección del mundo pero que por extraño milagro mana de ella misma.

El anhelo de eludir la condición mortal martillea insistente en el estribillo apasionado de otro de sus poemas:

*Tarde última y serena,
corta como una vida,
fin de todo lo amado;
¡yo quiero ser eterno!
—Atravesando hojas,
el sol, ya cobre, viene
a herirme el corazón.
¡Yo quiero ser eterno!—
Belleza que yo he visto,
¡no te borres ya nunca!
Porque seas eterna,
¡yo quiero ser eterno! (291)*

El deseo de pervivir aparece, como casi siempre, enlazado con dos de sus temas fundamentales: la hermosura del universo que hace vibrar la sensibilidad del hombre y la facultad del poeta para dar forma a esa hermosura por él intuida.

Veamos el primero de los dos. Hay momentos en los que Juan Ramón Jiménez sólo exalta su capacidad de sentir el mundo que lo rodea, casi diríamos, en carne viva y su voluntad de abrirse afanosamente a él:

*¡Qué inmensa desgarradura
la de mi vida en el todo,
para estar, con todo yo,
en cada cosa;
para no dejar de estar,
con todo yo, en cada cosa. (469)*

La comunión puede darse en un objeto pequeño que el poeta eleva a tema imperecedero: el pájaro que pía en la rama solitaria, la

LETRAS

flor que crece al borde del camino y ofrece su orbe diminuto de arquitectura perfecta. Es significativa, en tal sentido, su poesía "Nostalgia", del libro *PIEDRA Y CIELO*, constituida por cuatro versos que se concentran en una hoja iluminada por el sol:

*¡Hojita verde con sol,
tú sintetizas mi afán;
afán de gozarlo todo,
de hacerme en todo inmortal! (513)*

Un objeto pequeño y simple, exaltado a la categoría de símbolo de la fruición del vivir y del gozar la hermosura casi divinizada, es también símbolo de su búsqueda de lo eterno por la construcción de ritmos perdurables.

Cuanto más leemos la obra de Juan Ramón Jiménez más nos admira su capacidad de presentar una sensibilidad aguda que se trasvasa en la naturaleza (el mar, el cielo, la estrella, la flor, el alba, el ocaso, el árbol) y a la inversa, una naturaleza que penetra la intimidad de su alma hasta las raíces. En su poema "Cuesta arriba" la fusión del hombre y el universo se realiza a través del árbol, contando una simple experiencia muchas veces renovada en el pueblo natal. A la salida de Moguer, yendo hacia Fuentepiña, el camino sube ásperamente junto algún almendro que lo cubre de pétalos blancos en primavera:

*¡Inmenso almendro en flor,
blanca la copa en el silencio pleno de la luna,
el tronco negro en la quietud total de la sombra;
cómo, subiendo por la roca agria a ti,
me parece que hundes tu troncón
en las entrañas de mi carne,
que estrellas con mi alma todo el cielo! (482)*

El árbol real aparece pintado en contraste de tonalidades blancas y negras que ahonda el resonador de la naturaleza circundante con sutiles cruces sensoriales ("en el *silencio* pleno de la *luna*" "en la *quietud* total de la *sombra*"). El poeta que camina hacia él acaba por fundirse con esta realidad que por una parte lo penetra y por otra se agranda ya convertida en hombre-árbol hasta abarcar el universo en las dos opuestas direcciones que prefiguraba el contraste de colores de los primeros versos.

También el mar le sirve de vehículo de esta interpretación de su ser y el cosmos (“a veces me ahoga el mar el corazón / hasta los cielos mismos. / Mi corazón ahoga el mar, a veces, / hasta los mismos cielos” 401) para llevarla al límite de intensidad en su propio sentir (“ahoga”, “corazón”) y de amplitud en el gesto totalizador (“hasta los mismos cielos”).

Así llegamos al verdadero tema de Juan Ramón Jiménez: la Obra, la que lo librará de su servidumbre a lo percedero y alcanzará para él la eternidad por la palabra. Juan Ramón lo sabe: las cosas y los hombres pasarán, pero el poema, si hemos sabido ser fieles a nuestra vocación, quedará para siempre. Ya se lo decía “A un poeta, para un libro no escrito” en los POEMAS IMPERSONALES del año 1911: “Del amor y las rosas, / no ha de quedar sino los nombres. / ¡Creemos los nombres!” (195), y lo repite luego hasta el cansancio en ETERNIDADES (1916-1917), libro fundamental para entender la preocupación del autor por su propia creación.

*¡Palabra mía eterna!
¡Oh, qué vivir supremo
—ya en la nada la lengua de mi boca—,
oh, qué vivir divino
de flor sin tallo y sin raíz,
nutrida, por la luz, con mi memoria,
sola y fresca en el aire de la vida! (460)*

Aquí ha ahondado el contraste entre lo humano-percedero por la descomposición de la carne (“ya en la nada la lengua de mi boca”) y lo poético-eterno por la elaboración personal de un símbolo tradicional de belleza: la flor. Pues para despojarla de su connotación, también tradicional, de fugacidad, la libera de sus lazos naturales con la tierra (“sin tallo y sin raíz”) y la sostiene en vilo, viva y tangible como las flores de este mundo (“sola y fresca en el aire de la vida”) y al mismo tiempo inmaterial y divina, en un milagro que repite el milagro poético.

Juan Ramón Jiménez oscila en el modo de presentar las relaciones de la labor creadora del poeta con la realidad, aunque puedan notarse ciertas preferencias. En algunos momentos la naturaleza está fuera del poeta, es bella en sí y por sí, y el escritor es sólo el testigo de esa maravilla ya existente, testigo cuyo papel consiste en abrirse sensitiva-

LETRAS

mente, para dejarse penetrar por ella y poder cantarla. Pero lo más característico de su obra madura es el subrayar la imposibilidad de la naturaleza de trascenderse si el hombre no la interpreta. Está allí como muerta, hasta que la nombra el artista que muestra sus luces y sus sombras a los otros seres:

*Ahora parecerás ¡oh mar lejano!
a los que por ti vayan,
viendo tus encendidas hojas secas,
al norte, al sur, al este o al oeste;
ahora parecerás ¡oh mar distante!
mar; ahora que yo te estoy creando
con mi recuerdo vasto y vehemente. (406)*

Por eso más tarde, en ANIMAL DE FONDO, pintará al mismo mar viviendo su hermosura sin conciencia de ella, necesitado del hombre-dios que se la revele y que la haga pervivir con sus palabras:

*Rumor del mar que no te oyes
tú mismo, mar, pero que te oigo yo
con este oír a que he llegado
en mi dios deseante y deseado
y que, con él, escucho como él.*

*Con oído de dios te escucho, mar,
verdemar y amarillomar saltado,
donde el albatros y la gaviota
nos ven pasar, amando en su lugar
(su ola que se cambia y que se queda)
oyéndote a ti, mar, ellos también,
pero sin saber nada de que yo
sé que tú no te oyes.*

*Para que yo te oiga, mi conciencia
en dios me abre tu ser todo para mí,
y tú me entras en tu gran rumor,
la infinita rapsodia de tu amor
que yo sé que es de amor, pues que es tan bella.*

*¡Que es tan bella, aunque tú,
mar amarillo y verde, no lo sepas acaso todavía,
pero que yo lo sé escuchándola; y la cuento,
(para que no se pierda) en la canción
sucesiva del mundo en que va el hombre
llevándote, con él, a su dios solo! ²*

² "Para que yo te oiga", ANIMAL DE FONDO, Buenos Aires, 1949, pp. 70-72.

Aún puede adoptar Juan Ramón la posición extrema, la del que siente que él es el constructor del universo y como un nuevo dios crea mundos de la nada. El universo entonces no existe y lo elimina con orgullo para sacar de sí mismo su realidad última, él solo responsable de su criatura.

*Sé bien que soy tronco
del árbol de lo eterno.
Sé bien que las estrellas
con mi sangre alimento.
Que son pájaros míos
todos los claros sueños...
Sé bien que, cuando el hacha
de la muerte me tale,
se vendrá abajo el firmamento. (448)*

Vuelve a aparecer en este poema el árbol, no ya el árbol real que se trasmuta en símbolo, sino el símbolo hombre-árbol nuevamente imaginado en las dos direcciones infinitas y opuestas (hacia lo alto y hacia lo profundo) para sostener el universo de su poesía, el único universo existente. Eliminado el mundo exterior sólo viven el poeta y su obra, tan orgullosamente afirmada que en los versos finales, al desaparecer el poeta, se desbarata violentamente la realidad que lo circunda.

Juan Ramón Jiménez busca con afán una poesía decantada y perfecta capaz de llegar a la esencia de las cosas, que sólo se logrará con una "espontaneidad" rigurosamente vigilada hasta alcanzar ese límite que él mismo definió cuando dijo: "¡No le toques ya más, / que así es la rosa!" (465). Por eso puede rogar, casi en plegaria, por el nombre exacto de las cosas, por la palabra que sea la cosa misma (409), o sentir que una nueva intuición necesita que él cree para nombrarla un término igualmente recién nacido (407); por eso anhela una palabra inmensa que sea ella sola el poema; por eso los nombres son a veces más válidos que las cosas y vemos al cielo real ascender hasta su propio nombre: "Hoy te he mirado lentamente, / y te has ido elevando hasta tu nombre" (377).

Así llegamos a lo que fue la fase última de su obra en ANIMAL DE FONDO. Quiero recordar, a propósito de ella, una frase de Sarmiento, hombre muy apartado de Juan Ramón en temperamento, pero cons-

ciente como todo escritor de raza de su capacidad de dar vida inmortal por el lenguaje. Sarmiento dice, refiriéndose a un escritor: "Éste representa uno de los más bellos tipos que ha producido la raza humana; divino por el poder de la palabra, *porque la palabra es Dios*, según la misteriosa expresión de San Juan..."³. La palabra es Dios; lo fue para Juan Ramón Jiménez que en su última época, habiendo buscado por diversos caminos la divinidad, la encontró en sí mismo. En ANIMAL DE FONDO hace la poética historia de esa búsqueda desde la infancia de Moguer, cuando no podía aprehender la esencia de Dios porque estando volcado hacia las cosas aún no sabía que la llevaba dentro de él desde la eternidad. El hallazgo se realiza al fin al encontrar en sí la forma de la belleza suprema, en una concepción de lo uno, lo bello y lo divino de raíz platónica:

El nombre conseguido de los nombres

*Si yo, por ti, he creado un mundo para ti,
dios, tú tenías seguro que venir a él,
y tú has venido a él, a mi seguro,
porque mi mundo todo era mi esperanza.*

*Yo he acumulado mi esperanza
en lengua, en nombre hablado, en nombre escrito;
a todo yo le había puesto nombre
y tú has tomado el puesto
de toda esta nombradía.*

*Ahora puedo yo detener ya mi movimiento,
como la llama se detiene en ascua roja
con resplandor de aire inflamado azul,
en el ascua de mi perpetuo estar y ser;
ahora yo soy ya mi mar paralizado,
el mar que yo decía, más no duro,
paralizado en olas de conciencia en luz
y vivas hacia arriba todas, hacia arriba.*

*Todos los nombres que yo puse
-- al universo que por ti me recreaba yo,
se me están convirtiendo en uno y en un
dios.*

³ OBRAS de D. F. Sarmiento, tomo V, Santiago de Chile, Imprenta Gutenberg, 1886, pp. 286-287.

*El dios que es siempre al fin,
el dios creado y recreado y recreado
por gracia y sin esfuerzo.
El Dios. El nombre conseguido de los nombres.* ⁴

Juan Ramón Jiménez, creador de un universo por la palabra, se encuentra en él con la Divinidad y también con la anhelada inmortalidad simbolizada en esa llama y ese mar detenidos en un movimiento perennemente ascensional y vivo. Su imagen de Dios puede diferir de la nuestra, de la que creemos verdadera, pero por haber realizado con fidelidad y sin desmayos la obra a la cual estaba destinado, merece que Dios le conceda la deseada pervivencia en la memoria de los hombres.

⁴ ANIMAL DE FONDO, pp. 12-14.